

**TÍTULO:** *La voz interior*

**AUTOR:** Jordi Sierra i Fabra

**COLECCIÓN:** Gran Angular

**EDITORIAL:** SM

### Primeras páginas

En el colegio había un revuelo considerable.

Algunas de las chicas aún se preguntaban qué sucedía. Otras difundían la noticia en voz baja. En medio de la expectación, de los murmullos y los susurros, el ruido de los pasos, perezosos, era una ola creciente que confluía en los aledaños del salón de actos. Algunas monjas parecían conducir la grey con calma y tranquilidad, pero en el fondo subyacía una tensión que crecía y subía en espiral.

Una a una o en grupos de dos o tres, las alumnas fueron entrando en el salón de actos. Era inútil ocupar las últimas filas. De sobra sabían, por la experiencia de otras veces, que cuanto más atrás se colocaran, más adelante las harían sentarse si quedaban huecos en las primeras filas. Por lo tanto, a medida que entraban, se iban acomodando en los asientos libres con orden y disciplina. Los murmullos no cesaban, pero en el interior del salón se hacían más quedos. En esta ocasión, el estrado no estaba preparado y acondicionado como para charlas, conferencias, entregas de premios y demás convocatorias. Con la cortina de solemnes tonos granates echada, el espacio frontal se reducía a un par de metros. Parecía que, de un momento a otro, la cortina se abriría y comenzaría un acto solemne, pero la certeza de que eso no iba a suceder daba más dramatismo a la situación.

Una convocatoria en el salón de actos, nada más iniciarse la jornada, era alarmante; el tema, urgente; la expectación, máxima.

Y sólo para ellas, las del pabellón dos del colegio.

La última de las internas ocupó su asiento, y por detrás, las dos monjas que habían dirigido su entrada cerraron las dos puertas de acceso al recinto. Casi al mismo tiempo entró por una de las puertas laterales la práctica totalidad de las profesoras, la mayoría seglares, con la superiora al frente. Aunque cada una tenía sus cosas, ninguna igualaba a la superiora. Dicen que las personas bajas tienen más carácter. La superiora era muy baja, y su carácter estaba a la altura de las circunstancias. Al ver su rostro duro, su entrecejo fruncido, sus labios en media luna, con las puntas hacia abajo, y su paso decidido y firme, hasta las más optimistas se echaron a temblar.

Se levantaron de golpe.

La superiora subió al estrado. Las restantes profesoras se quedaron abajo, en los lados, quietas y silenciosas como lo estaban ahora las alumnas, pasado el alboroto que armaron al ponerse de pie. Una vez arriba, la mujer no perdió ni un solo segundo. Ni siquiera les deseó buenos días.

-Siéntense -ordenó.

No le hacía falta equipo de megafonía. Tenía una voz directa, fuerte, metálica. Los años, que probablemente le pesaban, no habían hecho mella en sus cuerdas vocales. Como no daba clases, las conservaba bien.

Las alumnas se sentaron, y a los pocos segundos de apagarse el último eco de su movimiento, la superiora paseó su mirada por encima de las cabezas. Algunas incluso se encogieron al ver la expresión de sus ojos. Casi al instante, volvió a escucharse el latigazo de su voz.

-Anoche -comenzó-, alguien vio salir a una persona del pabellón dos. Concretamente vio salir a un hombre -dejó que esta matización calara hondo en las muchachas-. No fue posible detenerlo porque era una persona ágil, probablemente muy joven. Saltó un muro sin que se lograra identificarlo.

Algunas de las chicas se removieron en sus asientos. Ninguna comentó nada con la compañera de al lado. Sabían que quien sonriera o musitara algo, podía cargársela, y la situación era, con mucho, la más tensa que se había vivido allí desde hacía tiempo. Esperaron a que la superiora continuara. Y lo hizo inmediatamente.

-No necesito decirles que se ha cometido una falta grave, muy grave, la más grave en los muchos años de existencia de este centro. Y por eso están aquí. Por eso se las ha reunido. No es algo que pueda ignorarse o pasarse por alto. Están en entredicho el buen nombre y la reputación de este colegio -el tono cambió de pronto-. ¡Exijo a la responsable, a la alumna de cuya habitación salía esa persona, que tenga el valor y la honradez de aceptar su culpa, dándose a conocer!

Ahora, en el silencio que siguió a la andanada final, sí hubo cruces de miradas, pero de miradas subrepticias, temerosas. Ojos expectantes, recelosos, la mayoría de miedo, con sorna o ironía los menos, quizás los que no sabían qué iba a pasar a continuación.

-De acuerdo -la voz de la superiora recobró su tono inicial-. Está bien. Si la responsable no tiene el valor de ponerse en pie delante de sus compañeras, a las que ha insultado y ha puesto en entredicho con su acción, lo comprendo, aunque no lo acepto. A lo largo del día de hoy estaré en mi despacho, y allí, en privado, la escucharé. Espero, por su bien, que se dé a conocer. ¡Pero -el grito, por lo inesperado, hizo que más de una brincara en su asiento- quiero dejar muy clara una cosa: si la responsable no da la cara, se abrirá un expediente a todo el pabellón! ¿Lo han entendido?

Lo habían entendido. Claro y directo. Ahora sí se alzó por el aire cerrado del salón de actos un murmullo de disgusto. Y más cuando la superiora, sin pronunciar otra palabra, bajó del estrado con paso muy vivo e inició la retirada.

Detrás de ella, las chicas se quedaron como si les hubiera caído encima un jarro de agua muy fría, helada.

La superiora miró a la hermana Concepción desde detrás de su mesa de despacho. El ruido de la puerta tras la salida de doña Beatriz, la profesora de matemáticas, aún flotaba en la estancia, pero la religiosa no se concedió un segundo de respiro.